

**EN LA CIUDAD DE CÁDIZ...**  
**LA PICONERA**



## DEDICATORIA

En primer lugar, quiero dar las gracias a quienes se convirtieron en brújula cuando mi vida perdió el norte y mi sinrazón navegaba a la deriva. Va por vosotros, por robarme las pesadillas y sanar mis sueños con nombre propio: Inmaculada Sánchez, José Juan Agüera y Ernesto Linares. Gracias. Gracias por ser la luz en mi niebla, por trazar con vuestra presencia el camino de vuelta a la ilusión, y por recordarme que siempre es posible renacer, incluso cuando uno ya se ha convertido en ceniza.

En segundo lugar, quiero darle las gracias a una persona que no puede faltar en mi crecimiento como ser humano: mi madre, la coronela incansable. La voz firme que nunca se rinde, ni siquiera cuando el mundo flaquea.

Gracias por tus palabras certeras, por tus silencios oportunos, por enseñarme a no bajar la cabeza ante la vida y a avanzar con dignidad, incluso cuando la batalla parece perdida.

Y en tercer y último lugar, pero no menos importante, quiero darle las gracias a mi pareja, mi reflejo, mi refugio, mi alma gemela.

La persona que siempre camina a mi lado a pesar del ruido, el miedo o la incertidumbre.

Gracias por abrazar mis sombras sin permitir que se apague tu luz. Gracias por apostar por mí con tu paciencia infinita incluso cuando dudo de mi propia existencia. Gracias y mil veces gracias por ser el refugio y mi abrigo de este frío invierno llamado vida.

Todo lo que he conseguido y consiga también te pertenece, porque el mérito sin ti, nunca existiría.

Deseo y espero, que la vida nos siga regalando momentos de amor, llenando nuestra novela infinita con capítulos eternos que nunca terminan de escribirse. Te amo.

Gracias a todos por confiar en mí, y por ver al ser humano que existe detrás del caos.

**SIN VOSOTROS, NO HABRÍA HISTORIA, PALABRAS O CAMINO.**

## ANTES DE EMPEZAR

Esta historia respira el aire de Cádiz y su Carnaval. En sus páginas encontrarás, resaltadas en **negrita**, palabras, giros y expresiones propias de nuestra tierra, junto a algunos términos del mundo policial. Para no perderse entre sus calles y sus máscaras, he incluido un **glosario al final del libro**. Ojalá que, más que una ayuda, sea una invitación a sumergirse aún más en esta historia.

## PRÓLOGO

La noche ha estallado en Cádiz con el estruendo de los días grandes. En la carpa de Carnaval, el aire es espeso, cargado de alcohol barato, sudor, laca y papelillos pisoteados. La orquesta dispara versiones de éxitos pasados, entre trompetas desbocadas y un teclado que no da tregua. Nadie escucha realmente. Allí se va a bailar, a beber y a perderse.

Ella también está allí. Disfrazada de algo que no recuerda. Sonríe sin pensar, con ese brillo en los ojos que mezcla libertad y descontrol.

El maquillaje comienza a correrse, la copa a vaciarse y las carcajadas vecinas a confundirse con los ecos metálicos del micrófono.

Nadie la mira realmente, o eso cree.

Una sombra pasa tras ella, lenta, casi rozándola. Demasiado cerca, demasiado pronto. Pero no se dio cuenta. Nadie lo hace cuando empieza a escribirse su última página. El Carnaval es la excusa perfecta para mirar sin ser visto y para esconder intenciones bajo una máscara.

Y mientras afuera Cádiz sigue celebrando su fiesta más antigua, dentro de aquella carpa, entre luces de colores y suelos pegajosos, la muerte ya está planeando a quien llevarse.



**DOMINGO DE CARRUSEL**  
**DÍA 1**



## EL HALLAZGO

**E**s una mañana atípica de invierno, con un aire más propio de primavera. El sol, si el **dios Momo** no se burla hoy de nosotros, asoma tímido por detrás del balneario de La Palma, regalando sus primeros rayos de luz a nuestro señorial árbol del Mora. El cielo, con el levante en calma, se intuye despejado, presagiando un domingo espléndido de carrusel.

Pepe, fiel a sus hábitos tempraneros, coge su cubo y toma el camino que lo lleva directo a la playa de La Caleta. Tiene que darse prisa para no quedarse, como suele decirse, **sin materiá**. Este año los erizos escasean y están por las nubes, y con el carnaval arrancando, seguro que se paga una pasta por ellos, que los **guiris** no perdonan la oportunidad de probar algo tan típico de **Cai**.

Para faenar nunca lleva reloj, pero después de tantos años mariscando, sabe que por la posición del sol deben de ser aproximadamente las siete de la mañana.

Mientras avanza a pie hacia el castillo de San Sebastián, piensa para sus adentros: A ver a cuántos me encuentro **durmiendo la papa** o **pelando la pava**. No es ninguna novedad para él toparse con ese espectáculo el día después del sábado de carnaval, cuando miles de personas, venidas de todos lados, inundan Cádiz para una larga noche de fiesta y alcohol.

Han pasado apenas diez minutos. Pepe cruza el Puente Canal y ya está en las inmediaciones del castillo, Aprovechando la marea baja, descendiendo por las escaleras situadas a la derecha del camino, que conduce a los arrecifes rocosos que rodean las murallas. Su intención no es otra que empezar a faenar alrededor del islote antes de que la marea le sorprenda.

Para este curtido mariscador, esa ruta gaditana y mágica — donde se contempla uno de los amaneceres más hermosos del mundo — convierte cada mañana en un momento único y afortunado. Él lo llama

su paraíso de sal. Como ritual de alborada, antes de meterse en faena, le gusta encenderse un pitillo y detenerse unos minutos a contemplarlo.

En el transcurso de ese pequeño culto mañanero, mientras sus sentidos despiertan al ritmo de la brisa marina, su cabeza, más despejada y alerta, organiza la faena que le espera. Mientras repasa su plan del día, entre calada y calada, avanza con pasos firmes para no acabar en alguna poza traicionera. Fija la vista en las rocas, concentrado en no resbalar, pero con la mente algo distraída. Sin darse cuenta, se va acercando al foso del castillo, conocido por los gaditanos como el Puente de Arena. Allí, al final, con su idiosincrasia particular, da la última calada al cigarro y lo lanza al canal de agua, ahora seco por la marea.

Y entonces lo ve. En medio del secano de arena, a escasos metros de donde cae la colilla, yace un cuerpo inmóvil en una postura imposible. Pepe, desconcertado, da un pequeño salto al foso y se aproxima lentamente para echar un vistazo. Avanza con cautela y comienza a gritar:

—¡Oiga, oiga...!

—¿Está usted bien?

Sus peores temores se confirman. Al acercarse, se da cuenta que el cuerpo, frío e inerte, es el de una mujer de mediana edad, con el cabello largo y rojizo. Está tumbada; aunque con partes de la ropa rasgadas, sigue vestida y medio cubierta de algas. Su rostro, hinchado y amoratado por los golpes del mar, le provoca tal impacto que, aunque quiere resistirse, le resulta imposible no vomitar.

Pasan unos minutos. Ya recompuesto, se arrodilla junto al cuerpo exánime e, imaginando lo peor, intenta buscar un rastro de vida. Es inútil. No respira. Alrededor de su garganta se ven marcas rojas, claras señales de estrangulamiento. La chica de la playa está muerta.

El Caletero, nervioso y desbordado por el hallazgo, suelta el cuerpo sin esperanza alguna y corre a escalar las rocas para buscar su cubo, donde guarda su móvil junto a otros enseres. Con las manos temblorosas y humedad marca emergencia:

—¿Uno, uno, dos, en qué podemos ayudarle?

—¡Está muerta! ¡La mujer está muerta! ¡Corran, por favor!  
Castillo de San Sebastián... ¡Corran!... ¡rápido!

Pepe solo alcanza a decir eso antes de colgar.

## LA CALETA

**F**ran abre los ojos y mira su reloj. La cabeza le martillea como si un grupo de ultras le hubiera dado una paliza.

Para sus adentros piensa: ¿Quién será el **jartible** que me llama un domingo a las ocho y media de la mañana?

Cabe mencionar que tanto sus compañeros como sus amigos saben bien que Fran, desde que se divorció, no suele estar disponible a primera hora, y mucho menos la mañana siguiente a un sábado de carnaval. Por pura lógica, saben que habrá estado de juerga hasta las tantas.

Pero quien sea, no deja de insistir. No le queda otra que incorporarse, con su mala ostia mañanera, y coger el teléfono para ver quién es el artista que lo está molestando a estas horas:

—¡Mierda!... el comisario —gruñe para sus adentros.

En ese mismo instante, del sobresalto, se pone en pie de un salto. Podría decirse que se le ha quitado el **morazo** en cuestión de segundos.

Jesús Borrel, el comisario, es un policía de los de antes: un hombre serio, de los que dicen las cosas claras y sin rodeos. Para él, la apariencia es un factor clave dentro del cuerpo policial. A pesar de sus sesenta años, aprovecha cualquier rato libre para salir a correr o machacarse en el gimnasio.

Su pelo ondulado está siempre peinado hacia atrás, rematado con un corte y un afeitado impecables. Le gusta vestir trajeado y llegar el último a comisaría, para que todos lo saluden con un “jefe” o “comisario” a su paso. Él lo llama su momento. Cada uno se sube la autoestima a su manera, y Jesús lo hace así.

—Buenos días, jefe. Disculpe la tardanza, estaba en el baño y no escuché el móvil.

—No me jodas, Fran. Me da igual lo que estuvieras haciendo. Te necesito cuanto antes en La Caleta, en el castillo de San Sebastián.

—¿Y eso, jefe?

—Un pescador de la zona ha encontrado el cadáver de una mujer en el paso del castillo. No sabemos aún qué ha podido ocurrir, si ha sido intencionado o un accidente.

Mandamos una patrulla para verificar la llamada y nos confirmaron que, efectivamente, hay un cuerpo. El inspector jefe Romero ya ha enviado a los suyos de la Séptima. Ya sabes cómo es Romero y su grupito nuevo: solo quieren hacer méritos para colgarse medallas y ganar puntos para el ascenso a comisario. Por eso te mando a ti también. No pienso dejar que lleven esta investigación ellos solos. Eres el mejor inspector de homicidios que tengo y el que más experiencia acumula. Trabajarás con ellos, pero la voz cantante la llevas tú.

Ya lo he hablado con Romero y, le guste o no, aquí el que manda soy yo. Así que date prisa; ellos ya están en camino. La zona está acordonada por los ZETAS, y quiero que estés presente desde el principio y me informes directamente a mí.

Te pongo al mando de la investigación. Eres de mi plena confianza. Y ya sabes que los de la Séptima tienen línea directa con Madrid, y no quiero que me oculten nada.

—Voy enseguida, jefe. Dame cuarenta y cinco minutos.

—Y si pueden ser menos, mejor. En breve la playa estará llena de gente paseando. Te recuerdo que estamos en el fin de semana grande del carnaval, y no quiero que esto se convierta en noticia hasta que sepamos qué ha pasado exactamente. Cuanto antes empecemos, mejor. Quiero que se recojan muestras de todo y que la zona se abra al público lo más rápido posible.

—Haré lo que se pueda. Le mantendré informado, comisario.

—Gracias, Fran. No te entretengo más. Espero noticias tuyas.

Cuando en comisaría se habla de la Séptima, se refieren a la séptima planta del edificio. Esta última planta, antes utilizada como archivo, ahora alberga una unidad nueva creada en todas las dependencias policiales de España. Este destacamento trabaja en contacto directo con la central de la Policía Judicial en Madrid y se

encarga de asuntos que requieren personal más cualificado que el habitual en una comisaría local. Manejan casos de narcotráfico a gran escala, homicidios de gran repercusión mediática y, el más espinoso dentro del cuerpo, asuntos internos. Por esta última razón, la unidad está mal vista en la jefatura; son los conocidos chivatos.

Esta nueva organización se llama GEPOJ (Grupo Especial de Policía Judicial) y funciona totalmente al margen del resto de las unidades. Tienen su propia entrada en la parte trasera del edificio y un horario diferente al del resto de compañeros de la central.

Después de colgar al comisario, Fran camina apresurado hacia el baño. Se planta frente al espejo del lavabo, se mira un instante, sonrío con ironía y abre el grifo del agua fría. Se refresca el rostro y el cuello para disimular como puede los estragos del alcohol que ha ingerido apenas unas horas antes. Ya menos aturdido, se pasa agua por el pelo, que todavía mantiene restos de la gomina de la noche anterior.

No necesita vestirse: la resaca lo ha dejado tirado en la cama con la ropa puesta. Tras vaciar medio bote de desodorante y echarse un poco de colonia, sale directo hacia el lugar de los hechos.

Mientras baja en el ascensor de su casa, Fran solo piensa en no fallarle al jefe. Tanto él como el comisario se juegan mucho: esa unidad nueva podría quedarse con todos los méritos y ganar más departamentos y poder dentro de la comisaría. Y él, que lleva ya demasiados años destinado allí, no está dispuesto a acabar patrullando las calles.

Se le pasa por la cabeza lo rápido que han volado los años desde aquel primer caso que tuvo entre manos a los veintidós. Ahora, con cuarenta y tres, está demasiado acomodado en su destino. En Cádiz, los homicidios son escasos; en toda su carrera no han resuelto más de cinco. A su destino lo llama, medio en broma, el boquete.

Aunque siempre dice que está de lujo, el divorcio y las fiestas le han pasado factura. Sabe que el tiempo no perdona. La sociedad lo colocaría ahora, con sus noventa kilos, en la categoría de **fofisano**. Su estado de forma deja mucho que desear y, tras unos años de mala vida,

la barriga cervecera ha hecho acto de presencia. A eso hay que sumarle algunos dolores de espalda y unas cuantas arrugas nuevas que le surcan el rostro.

Aun así, Fran sigue siendo optimista y, con su estilo, intenta venderle al mundo una imagen más juvenil. Se sigue cortando el pelo como cuando era un chaval: corto, con el flequillo en punta. Eso sí, las canas no perdonan y le asoman sin pedir permiso, tanto en la cabeza como en la barba, que ya está salpicada de blanco.

Con la ropa hace lo mismo que con el físico: viste de manera casual, más propia de un instituto que de una comisaría. Un tatuaje en el brazo y dos pendientes —uno en cada oreja— completan ese intento de rejuvenecimiento del inspector.

Se podría decir que la famosa crisis de los cuarenta le ha pegado de lleno, porque desde que sopló esas velas no ha dejado de buscar maneras de quitarse años de encima.

Fran baja hasta el garaje para coger su vehículo particular y cumplir con las órdenes del comisario. Le pilla algo lejos del lugar de los hechos; como se dice aquí, está en la otra punta de Cádiz. Vive en La Laguna, en la calle Pintor Zuloaga, cerca del estadio de fútbol de la ciudad, en la zona de Puertas de Tierra, mientras que La Caleta se encuentra en el barrio de la Viña, en pleno casco antiguo o, como también se dice por aquí, en Cadi Cadi.

Mientras conduce por la avenida, llama a comisaría para contactar con el teléfono directo de la Sala. Sabe de antemano que esta mañana está de turno Virginia, su antigua cuñada.

Aunque Fran se divorció de su hermana, mantiene una relación estupenda con Virginia y con su marido Francis. Los dos fueron compañeros de academia e hicieron el año de prácticas juntos. Fue precisamente Virginia quien, en aquella época, le presentó a su hermana. Aunque el matrimonio no salió bien, nunca se lo tuvo en cuenta ni le echó nada en cara; sabe bien que su hermana es complicada de llevar, y que, tarde o temprano, aquello estaba condenado a romperse.

—Policía Nacional, al habla la agente Martín. ¿Con quién hablo, por favor?

—Hola, bombón. ¿A qué hora terminas el turno? Que te tengo echado el ojo...

—¡Mira que eres! —responde Virginia, reconociendo de inmediato la voz.

—¡**Cuñaaa!** Que me han llamado para una cosita en La Caleta. ¿Qué sabes por allí? ¿Quiénes van?

—Pues, Fran, por lo visto la cosa pinta fea. Dicen que eso de causa natural no tiene **na de na**, o eso comentó el compi del **ZETA** en abierto por el **MATRA**. Cuando llegaron al lugar, vieron que, aparte de los golpes típicos de las rocas, la víctima tenía unas marcas muy sospechosas en el cuello.

—Uff... —Fran chasquea la lengua al otro lado—. Mal rollo. —Nada más verlo, hicimos la novedad y enviamos el correo a los mandos. Fue entonces cuando Romero llamó y dijo que mandaba a uno de los suyos. Ya sabes cómo es... y lo que le gusta hacerse notar.

—Sí, ya lo sé... me lo imagino. ¿Sabes quién ha ido de ellos?

—Ni idea, Fran. Solo sé que va una inspectora nueva. Estaba de permiso de incorporación, pero por lo visto ha decidido renunciar. Lo único que sabemos es que viene de Valencia.

—Uff... **cuñaaa...** ésta o es una **apretá** de las buenas o más pelota que el chófer del jefe.

—Bueno, Fran, te dejo, que tengo llamadas en espera. Ya me contarás. Mucha suerte y que te sea leve. Un beso, guapetón.

—Venga, guapa. Yo también estoy llegando. **Chaito...** y dile a Francis que me tiene más abandonado que las dietas en Navidad.

Fran entra con su vehículo por el arco de La Caleta y, una vez pasada **la piedra cuadrá**, estaciona en la zona más ancha del camino. Allí, los compañeros de la patrulla cortan el paso a toda persona ajena a la investigación, manteniendo a raya a los curiosos que empiezan a acercarse.

Hace su parada habitual de cortesía y se entrevista con ellos. Los agentes le cuentan lo poco que saben, información más alimentada por el boca a boca de los compañeros que van y vienen que por cualquier versión oficial. Fran, fiel a su costumbre, les ofrece un cigarrillo mientras se enciende el suyo, dando una calada larga antes de encaminarse hacia el castillo. Y, como cada vez que le toca pringarse, suelta su frase de siempre:

—Bueno, compi... nos toca currar, qué le vamos a hacer... la vida del pobre. A ver si me toca el Euromillón ya de una puñetera vez.

Fran, *no la cagues*, se dice a sí mismo mientras avanza hacia el lugar de los hechos. Conforme se acerca, el ajeteo y el movimiento de los compañeros se hacen más evidentes. A pie del puente canal, **todo el chiringuito está montado**, capitaneado por el inspector jefe Romero.

A este —o como Fran lo llama en su fuero interno, *coincidente laboral*— le encanta ser la cara visible de la Policía ante los medios. Juega con los periodistas a la cadena de favores, filtrando lo justo para salir bien en la foto. Y ahora, allí mismo, a pie de escalera y con el móvil pegado a la oreja, seguro que está comentando el hallazgo con algún colega de la prensa.

La aturdida mente de Fran solo piensa una cosa al verlo: *problemas*. No lo quiere ni en pintura. Si fuera por él, ni le dirigiría la palabra. Por eso, al llegar a su altura, le suelta, con ese tono suyo entre sarcástico y resignado:

—¿Qué, Romero? ¿Le hago yo la foto o ya tiene fotógrafo oficial?

—García, le recuerdo que soy su inspector jefe. No se pase ni un pelo; no estamos para bromas, y menos de las tuyas. Ya sabe lo ocurrido, así que deje la tontería para más tarde.

—Romero —responde Fran, con media sonrisa cargada de ironía—, le recuerdo que estoy aquí porque su jefe, el comisario... no sé si se acuerda de él... ese señor que se llama Jesús, de metro setenta

y ocho, delgado, **pelito pá atrás** y con **mu malafollá**... pues ese mismo me ha puesto al cargo de todo esto.

Romero chasquea la lengua, fastidiado, pero sin perder la compostura.

—Sí, García, ya me llamó y me dio las directrices. Lo convencí para que llevemos esto en conjunto los dos departamentos. Por eso le comisiono a una compañera recién llegada a la Séptima. Se llama Lola. Ahora se la presento; está tomando fotografías y reseñas.

Los dos agentes bajan las escaleras y recorren los aproximadamente diez metros que los separan del lugar de los hechos. Al fondo empieza a vislumbrarse la parte superior del separador, junto con el destello intermitente de un flash. Al llegar a la arena, tras el biombo, Fran solo distingue una silueta femenina, de cabello largo recogido en una cola alta. Para no interferir, decide no acercarse más y se detiene. Entonces le comenta al inspector jefe, con una media sonrisa:

—¡Romero!... Cuando usted quiera, me presenta a mi compañera. No quiero entrar sin una presentación formal. Llámeme clásico, pero soy el típico hombre de “hola, ¿qué tal?, me llamo Fran, dos besos...” ya sabe. —Le bromea en tono irónico, consciente de lo mucho que eso le molesta.

Con una mirada de pocos amigos y sin responderle, se acerca al separador. Desde fuera, dirigiéndose a la inspectora, dice:

—Lola, ¿tienes un momento, por favor? Te voy a presentar a tu compañero para este caso.

—Salgo enseguida, jefe.

Lola no es una mujer para hombres inseguros. Es, como decimos por estos lares, una mujer de bandera. Esta **pureta** de treinta y nueve años y metro setenta luce un cuerpo delgado que empieza por unas piernas estilizadas y termina en una cintura bien marcada. Es la típica mujer que provoca que los hombres se giren al verla pasar.

Su rostro, con una mirada café penetrante y una boca pequeña pero carnosa, junto a su melena larga y rubia, transforma esos rasgos

en una mezcla exótica que la hace aún más atractiva en este mundo de testosterona y pólvora.

Lo que para Romero es una presentación formal, para Lola es un reencuentro inesperado... o quizá anticipado. Porque, desde que decidió volver destinada a Cádiz, tenía claro que lo buscaría.

—Hola, Fran... cuánto tiempo —saluda al salir, con una sonrisa.

Fran la mira como si acabara de ver un fantasma.

—Hostias... ¿Lola? Ni por asomo imaginaba que volveríamos a vernos, y menos así. ¡Qué sorpresa!

—¿Os conocéis? —pregunta el inspector jefe, curioso.

—Sí, Romero. Nos conocimos hace unos cuantos años. Lola estaba de **pelona** en los **ZETAS** y yo acababa de ascender a subinspector, cuando coincidimos en un homicidio. Le perdí la pista tras su ascenso a oficial —explica Fran, mirándola con entusiasmo.

—Ya sabes cómo es la vida del policía y los ascensos. Nunca sabes dónde vas a poner el huevo... pero bueno, es lo que elegimos vivir —responde Lola, con una sonrisa.

—Bueno, señores —corta Romero, con tono firme—. Están oficialmente presentados. Ya tendrán tiempo más adelante de ponerse al día tomando un café. ¡No me fallen! Son los encargados de resolver este caso. Cualquier cosa, quiero que me lo comuniquen de inmediato.

Berrea Romero, lanzando una mirada directa a la inspectora, sabiendo que con Fran ese encargo será complicado. Porque, a estas alturas de la película, al inspector le resbala cualquier orden que no venga de su jefe directo. Fran conoce tanto los protocolos como el reglamento interno, y no teme mandar a la mierda a nadie, tenga los galones que tenga.

Lola, con un gesto amable, invita a Fran a pasar al otro lado del biombo para ponerlo al día. Tal vez por el tiempo que lleva sin verla, o por la ilusión de reencontrarse, el inspector, obnubilado, no puede quitarle los ojos de encima. Está deseando quedarse a solas con ella para ponerse al día.

Una vez posicionados en el lugar del hallazgo, Fran, mientras se coloca unos guantes de látex, hace una rápida inspección visual del cuerpo y de los alrededores.

—¿Hiciste fotos de todo?

—Hasta de las piedras de la arena, compañero.

—¿Lleva documentación o algo con lo que podamos identificarla?

—Nada. A simple vista, podríamos decir que se trata de una mujer caucásica de mediana edad. Lo más característico, visualmente, es su color de pelo, en tonos pelirrojos. La víctima presenta marcas en el cuello muy similares a las que produce un estrangulamiento mecánico. Estamos a la espera de que llegue el forense y ordene el levantamiento del cadáver para la autopsia. Por lo demás, todo normal.

—¿Habéis tomado declaración al hombre que la encontró?

—Sí. Es un mariscador del barrio que suele venir casi a diario a la playa. No vio a nadie por la zona ni nada fuera de lo común, hasta que se topó con el cuerpo.

Lola hace una pausa y añade:

—Por cierto, se me ha pasado decirte: esta chica tiene un tatuaje en la muñeca derecha, concretamente un antifaz de carnaval con la letra “N” en su interior. Ya hemos avisado a la central por si alguien se presenta hoy a denunciar la desaparición de alguna mujer con esos rasgos.

—Perfecto. De todas maneras, ahora se lo recuerdo yo a la compañera que está montando servicio en la central; acabo de hablar con ella hace nada.

Los inspectores dejan a una patrulla custodiando el cuerpo y marchan junto al inspector jefe Romero hacia la escalera de salida, donde esperarán la llegada del forense. Durante el trayecto, ninguno de los tres abre la boca; solo esperan que no aparezca ninguna víctima más.

En estos momentos, hasta que no se identifique a la víctima y se esclarezcan los hechos, cualquier hipótesis es posible: un homicidio

imprudente, una pelea, una víctima de violencia de género o un asesinato doloso.

Fran ya está deseando que Romero se marche para poder informar al comisario de todo. Bueno, y también para quedarse a solas con Lola; quiere hablar con ella sin que se entere el dichoso inspector.

—Romero, si quiere puede irse a comisaría y ya nos quedamos nosotros al cargo de todo. Al fin y al cabo, somos los responsables de esta investigación. En cuanto llegue el forense, avisamos a la central para que den las novedades oportunas —comenta Fran.

—Por primera vez desde que nos conocemos, creo que estamos de acuerdo en algo. Me voy a mi despacho. Lola, cualquier cosa me avisas a mi teléfono personal.

—Vale, jefe, no se preocupe.

Romero se marcha tranquilamente mientras hace uso de su teléfono móvil.

Todo hay que decirlo: el inspector jefe es único como relaciones públicas, conoce a toda la prensa de la provincia y es conocido en todas las jefaturas de policías locales y cuarteles de la Guardia Civil.

Le gusta, cuando coge un caso, llevarlo él directamente, y cada vez que tiene que pedir información o colaboración a los medios antes citados, lo hace en persona; de ahí que sea tan conocido por todos.

Su aspecto es difícil de olvidar: tiene el típico corte que cualquier delincuente, al verlo de lejos, diría: aquí huele a madero. Mide metro ochenta, de constitución ancha y musculosa, cabeza afeitada y barba muy recortada, de tono canoso.

El único problema que podríamos decir que tiene el inspector jefe, por el cual no simpatiza prácticamente con ningún compañero de la comisaría (a excepción de los que él llama “su grupo”), es uno muy simple: Romero es capaz de vender a su madre con tal de conseguir su objetivo. Para un policía, el compañerismo, la lealtad y la confianza son valores principales en el día a día, y obtener todo eso del inspector jefe es imposible.

Por el reloj de Lola son las nueve y media. El tiempo pasa deprisa y, al igual que Fran, también piensa que a la playa le faltan pocas horas para llenarse de personas dando un paseo. Necesitan que llegue el médico forense lo antes posible.

Lola, ya a solas con Fran, quiso cortar ese silencio tan incómodo que existe ahora mismo entre ellos. Ella sabe que tiene que sacar el tema sí o sí para darle una explicación, pero ahora mismo no cree que sea el momento.

—Fran, ¿llamaste a la central?

—Qué va, ahora le mando un WhatsApp a Virginia. Es ella la que está de servicio hoy, ¿sabes quién es?

—Me suena, pero ahora no caigo, no le pongo cara.

—Virginia es mi amiga, mi cuñada, mi compañera de academia...

—Ahhh, sí, ya caigo.

—Bueno, es mi ex cuñada —le comenta con la cabeza agachada mientras manda un WhatsApp en su móvil, seguramente a ella para darle novedades.

—Lo siento, no sabía lo de tu divorcio, perdona mi indiscreción.

—No, no... no pasa nada. Es más, si quieres saberlo, llevo tres años separado y, anteriormente, muchos más de peleas, unos cinco o seis. Es que me enrollé en esa época con una compañera. Ella tenía pareja y hablamos de dejarlas e iniciar una vida juntos. Yo fui tan gilipollas, no sabría si por ansiedad o por emoción, que se lo conté todo muy rápido, tan rápido que a ella no le dio tiempo a decirle nada a la suya... vamos, que no se lo dijo nunca. Es más, se fueron los dos destinados a otra comisaría sin ni siquiera despedirse. Claro está, después de eso me quedé un poco desorientado y acabé en los brazos de mi ex. Ella me perdonó, pero me dio los peores años de mi vida. La desconfianza era brutal y no podía salir ni de servicio. Teníamos peleas a diario, así que al final lo mejor fue separarnos.

—Fran, te debo una explicación, de verdad, perdóname.

—No pasa nada, en serio. Ahora me llaman el Playboy, no me va nada mal, de verdad. Si no me hubiera separado por eso, hubiera sido por otra cosa. Además, no podría guardarte rencor, en serio. Me ha hecho muchísima ilusión volver a verte y, aún más, trabajar juntos. Ahora no puedes escaparte, por lo menos hasta que resolvamos este caso —le bromea Fran a Lola para sacarle una sonrisa y quitarle un poco de hierro al asunto antes nombrado.

—Antes de que cerremos el caso, te debo una cena con una explicación, ¿vale?

—Si pagas tú, perfecto. Ya sabes, por los daños causados —le dice en tono irónico, mientras indiscretamente le mira la mano derecha para ver si tiene o no alianza.

Fran y Lola, como se intuye, habían sido amantes. Mantuvieron una relación cercana al año, hace aproximadamente unos siete.

A ambos se les veía muy felices cuando pasaban tiempo el uno con el otro, por eso hablaron de romper con sus parejas e iniciar una vida juntos. Por suerte, ninguno tenía hijos, lo que hacía el divorcio más fácil y menos doloroso. Es por ese motivo por el que Fran se aceleró tanto en su ruptura, esperando recibir el mismo compromiso por parte de Lola, quedando al final todo en una simple aventura amorosa.

Para no ser vistos nunca, lo planificaron bastante bien. Como ambas parejas eran residentes en Cádiz, tenían difícil poder verse por la ciudad; por eso siempre ponían la excusa o buscaban el momento para escaparse por la provincia. De hecho, solían verse casi siempre en un chalet propiedad de Fran, el cual tenía para el disfrute del verano en Chiclana de la Frontera, chalet que, después del divorcio, pasó a ser propiedad de su exmujer. Él tenía muchos recuerdos que olvidar dentro de esa casa y prefirió quedarse con el piso de La Laguna, un barrio de Cádiz.

Lola, durante ese idilio, mantenía un noviazgo de unos cuantos años con un compañero llegado en prácticas a la comisaría, de nombre

Iker y natural de Málaga, conocido por todos como el *Malaguita*, apodo que le venía del Ejército, cuando sirvió como marinero profesional en la fragata *Victoria*, con base en el acuartelamiento naval de Rota.

Terminadas las prácticas de Iker, los dos pidieron destino a Valencia y allí comenzaron una vida juntos.

El teléfono de Fran empieza a sonar.

—¡Es la central! —comenta en voz alta.

—Adelante, central, al habla García.

—Qué fino te has puesto, **picha** —le bromea Virginia con tono risueño.

—Tengo que aparentar profesionalidad con mi nueva compañera —responde en tono irónico mientras mira a Lola.

—¿Qué hacéis ahora mismo? Ha venido una chica a poner una denuncia por la desaparición de su amiga y, por los rasgos descritos, coinciden con los vuestros. Por eso le hemos dicho que espere un momento, que os íbamos a llamar a vosotros.

—Perfecto, Virginia. Tomadle los datos por si acaso y decid a los compañeros que no dejen que se vaya. Estamos esperando al forense y, en cuanto termine, vamos para allá. ¿Por casualidad sabes algo del forense?

—Pues que se le avisó de inmediato. La que está de guardia hoy es Alba del Moral.

—De lujo, **cuña**, muchas gracias. Eres una máquina, no sé qué voy a hacer sin ti cuando te jubiles. La voy a llamar, que tengo su teléfono personal.

—Anda, anda, que soy más joven que tú. No tardéis mucho.

Fran cuelga el teléfono y, dirigiéndose a Lola, le comenta:

—Acabamos de empezar y ya se nos empieza a acumular el trabajo.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos una chica esperándonos en comisaría. Acaba de llegar para presentar una denuncia por desaparición. Por lo visto, su amiga no aparece.

—No me jodas... y nosotros aquí de **plantón**. ¿Y del forense, qué sabemos?

—Está al llegar. Es una chica joven, recién licenciada, se llama Alba; seguramente la conoces.

—¿Yo? Qué va, no me suena nada.

—Sí, mujer, el bar que está pegado a comisaría, en la calle Santa María Soledad.

—Sí sé cuál es. El Aserradero, creo que se llama, ¿no?

—Sí, ese mismo. Que, por cierto, Álex, el dueño, le puso el nombre en honor a nosotros; siempre decía que tenía el bar lleno de maderos. Pues la forense es la hija de él, la chica joven que trabajaba allí por las tardes. Ya la verás llegar, es bastante peculiar. ¡Mira! Hablando de la reina de Roma...

En esos momentos, a lo lejos, entrando por el arco de La Caleta, aparece una moto algo característica, una Vespa de color rosa. Sobre ella va Alba, la forense citada anteriormente.

Alba es una chica joven, no llega a la treintena. Aunque tiene un aspecto bastante diferente a lo que estamos acostumbrados a ver en la medicina forense, fue la primera de su promoción. Por ello, recibió numerosas ofertas laborales de toda España, pero, por el amor incondicional que le tiene a su tierra, decidió quedarse en Cádiz.

De constitución delgada, metro sesenta, pelo rubio largo y con varios piercings por todo el cuerpo. Como a todas las chicas de su edad, le fascina la moda y la ropa de marca. Lleva todo su cuerpo tatuado; le encanta tener su piel manchada de tinta. Podríamos decir que los tatuajes son su debilidad. Eso, más la medicina y el carnaval, son sus pasiones.

—Buenos días, agentes, ¿qué pasa, Fran? —le dice al llegar a los inspectores, mientras se quita el casco y estaciona su motocicleta.

—Buenos días, Alba. Te presento a la inspectora Trujillo, acaba de llegar de Valencia.

—Encantada, agente, un placer.

—Llámeme Lola, señora forense.

—Lo haré siempre que usted me llame Alba —le comenta cariñosamente mientras le guiña un ojo.

—Y bueno, decidme, ¿qué tenemos aquí?

Fran, mientras la dirige al lugar de los hechos, la va poniendo al día.

—Un pescador de la zona encontró un cuerpo sobre las siete de la mañana en los alrededores del castillo. Cuando se personaron la patrulla y los servicios de urgencias, se percataron de que, aparte de los signos típicos que deja la mar, tiene marcas en el cuello. Por eso no han podido certificar la muerte y necesitamos de tus servicios.

—Vamos a echarle un vistazo, aunque aquí poco puedo hacer. Ahora solo puedo basarme en indicios. Para daros algo más exacto, necesitaría trasladarla a mi morgue.

Una vez en el lugar de los hechos, la forense Del Moral comienza la inspección del cadáver. Efectivamente, la víctima presenta varias magulladuras y contusiones repartidas por todo el cuerpo. Estos síntomas, propios de una agresión, le hacen pensar que el presunto asesinato se produjo en otro lugar. Al igual que las lesiones, las ya mencionadas marcas en el cuello, junto a los ojos ensangrentados, apuntan al estrangulamiento como posible causa de la muerte.

—Inspectores, podéis ir llamando a los compañeros de Judiciales para el traslado de la víctima al Anatómico Forense. Esta chica, como pensabais, no ha fallecido por ahogamiento en el mar. Necesito hacerle la autopsia. Mandadme a mi despacho todos los informes y pruebas que tengáis. En cuanto sepáis algo de su identidad, me llamáis de inmediato.

—Sí, ya le sacamos la huella dactilar —contesta Lola—. Estamos pendientes de llegar a comisaría e introducirlas en el ordenador para cotejarlas con nuestra base de datos.

Aparte de las huellas, en comisaría se encuentra una chica que quiere presentar una denuncia de desaparición. Por lo que sabemos, su amiga no aparece y, por los rasgos descritos, puede que se trate de la misma chica.

—Pues por mi parte, en cuanto lleguen los compañeros del traslado, podéis ir a entrevistaros con ella y levantar la zona para abrirla al público. Para cualquier cosa, estoy a vuestra entera disposición.

Los inspectores, después de despedir a la forense y verla marchar de la playa, realizan las gestiones pertinentes con la central para que un equipo proceda a limpiar la zona del hallazgo y así poder retirarse de La Caleta.

Fran, tras dejar resuelto el lugar de los hechos, llama al comisario e informa de las novedades aportadas por la forense. Lola hace lo mismo que su compañero, pero mediante un mensaje de voz al inspector jefe Romero.

Terminadas las comunicaciones, ambos se marchan en sus respectivos coches hacia comisaría para entrevistarse con la chica que allí los espera.

## COMISARÍA CNP

**S**on aproximadamente las once de la mañana. Fran y Lola, por separado, acaban de llegar al aparcamiento de la central. Una vez estacionados sus vehículos, entran juntos por la puerta de la comisaría. Para Fran es una entrada más, como la de cualquier día; mientras que, para Lola, es como volver a su casa. Siempre había querido regresar; es más, se podría decir que nunca quiso irse, pero su marido Iker le insistió tanto que no supo negarse. También es cierto que, si no se hubiera marchado, su carrera de ascensos no existiría, algo que, ahora mismo, le tiene que agradecer.

En la recepción, siempre trajeado y con su porte destacando sobre los demás, les espera el comisario. Esta vez no se encuentra solo; lo acompaña una mujer: se trata de Rocío.

Rocío es la chica que los está esperando. Hablamos de una mujer morena, de mediana edad, metro cincuenta y cinco aproximadamente. Suponemos que, por las prisas, lleva el pelo suelto, tapándole medio rostro. Ese pelo ondulado, reposando sobre sus hombros, solo deja ver dos de sus rasgos más destacados: unos enormes labios carnosos y unos hipnotizantes ojos verdes.

Fran se acerca a ellos, desconociendo quién es la chica que acompaña a Jesús. Aunque su instinto policial, al ver la actitud nerviosa de ella, con la mirada perdida, denotando más preocupación y desconcierto que otra cosa, le hace intuir quién es.

Lola camina ruborizada a un metro por detrás del inspector. Al haber adelantado su incorporación por el hallazgo del cuerpo, no tuvo la oportunidad de presentarse oficialmente al comisario; por eso prefiere mantener las distancias, a la espera de ser llamada por su compañero.

Una vez recorridos esos escasos metros que hay de la entrada a la recepción, los cuatro se encuentran. Es el comisario, tras estrechar

las manos a los inspectores, quien inicia el formalismo y las presentaciones:

—Rocío, permítame presentarle a los dos inspectores que van a tomarle declaración. Él es Francisco y ella, si no me equivoco, Lola.

Lola, como una especie de acto reflejo, se **cuadra** delante del comisario y le responde:

—A sus órdenes, comisario. Efectivamente, se presenta la inspectora Trujillo.

—Relájese, inspectora —responde él, con un tono irónico—. Es un placer conocerla. Tengo buenas referencias tuyas; espero que se sienta cómoda en su nuevo destino y que las cosas le sigan yendo tan bien como hasta ahora.

—¡Fran! Tú, que conoces mejor la comisaría, encárgate de iniciar los trámites.

—Lo que usted mande, jefe —responde Fran, esbozando una ligera sonrisa—. Acompáñeme, señora. Vamos a mi despacho; allí mi compañera y yo le haremos unas preguntas de rutina.

—¿Ocurre algo, agentes? —pregunta Rocío, con el miedo reflejado en su rostro.

—Nada, señora. Tranquila. Solo es parte del protocolo en una denuncia de desaparición.

El comisario, como corresponde al hombre de mayor rango y responsabilidades, tiene trabajo acumulado. O, como dirían en las películas, “demasiadas llamadas que hacer”. Por eso deja a los inspectores a solas con Rocío y se dirige a su despacho, en la quinta planta. Antes de marcharse, y en un aparte, le da a Fran una instrucción clara y directa: quiere ser informado, de inmediato y sin intermediarios, si se confirma alguna relación entre la mujer desaparecida y el cadáver hallado en La Caleta.

Fran asiente con un gesto seco. Desde la distancia, hace una señal a Lola y a Rocío para que lo sigan. Con paso firme, el inspector toma el pasillo que se extiende tras la recepción. Al final de aquel corredor, tras las oficinas de Extranjería y Documentación, se

encuentra la escalera. Una escalera modesta, habitualmente ocupada por ciudadanos que aguardan, papeleo en mano, su turno. Es la misma que comunica directamente con la planta de la Policía Judicial.

Su despacho, al igual que los de la Unidad de Información y Judicial, está en la segunda planta. El suyo, antaño utilizado como armero, se ubica al final del pasillo: un habitáculo pequeño, el más pequeño de todos. Y no por falta de opciones, sino por elección propia. Fran ha preferido ese rincón discreto, casi olvidado, para ser molestado lo menos posible.

Mientras suben, Fran, con una voz cálida, casi confidencial, rompe la rigidez del momento. Usando su instinto y algo de psicología, empieza a preguntarle suavemente a Rocío por el nombre, los rasgos y el entorno familiar de su amiga. Sabe que esas mismas preguntas las repetirá en el despacho, pero su intención no es otra que aligerar el trayecto y mitigar esa tensión inevitable que sienten quienes se ven, de pronto, sentados frente a la policía.

Rocío, algo más tranquila, con un hilo de voz que ya no tiembla tanto, cuenta que su amiga se llama Natalia. Es también su compañera de trabajo en Sevilla, concretamente en el hospital Virgen del Rocío. Tiene cuarenta años, es de constitución delgada, ojos azules y luce una melena rizada y pelirroja.

Ese último dato cae como una piedra en el estómago de los inspectores. Las alarmas internas se activan al instante. Un silencio espeso, eléctrico, se instala entre ellos, dejando flotando en el aire una verdad incómoda que ninguno quiere aún pronunciar.

Fran, como buen caballero, abre la puerta al llegar y las invita a pasar. Si hubiera sabido que recibiría visita, habría recogido un poco. El despacho está hecho un desastre: papeles desperdigados, ceniceros desbordados de colillas, las persianas bajadas, un ambiente cargado y un olor rancio a tabaco que impregna hasta las paredes. Con un suspiro resignado, Fran se apresura a subir las persianas y a abrir las ventanas para ventilar. Mientras airea el cubículo, no puede evitar disculparse, culpando al servicio de limpieza por el caos.

Avergonzado aún por semejante panorama, arrastra una silla y se la ofrece a Rocío. Luego, enciende el ordenador y aparta unos informes manchados de café que cubren la mesa. Finalmente se sienta frente a ella, acomodándose en su silla. Lola, sin silla disponible y algo desubicada, permanece de pie, apoyada junto a la ventana, a la espera de que su compañero tome las riendas de la entrevista.

—Rocío, ¿tiene alguna foto reciente de su amiga, para que podamos identificarla?

—Sí, claro. Justo de anoche.

Rocío rebusca en su bolso, saca el móvil y le muestra a Lola una imagen. En la pantalla, las dos amigas posan sonrientes, la noche anterior, en una de las carpas del carnaval de Cádiz.

Los inspectores observan detenidamente la fotografía. No necesitan más: acaban de ponerle nombre al cadáver de la playa. Natalia. La mujer pelirroja de la imagen es la misma que yacía sin vida junto al castillo. La ropa coincide: leggings negros, botas altas a juego, una blusa blanca de mangas anchas y escote barco. Pero hay un detalle definitivo: el tatuaje en la muñeca. Tras varias capturas y ampliaciones de la foto, comprueban que el antifaz tatuado en su piel es idéntico al del cuerpo hallado.

El silencio cae como una losa. Fran, con gesto serio, le devuelve el móvil y se levanta. Sin decir una palabra, se acerca a la puerta y la cierra con firmeza. Lola, movida por el instinto, toma la silla de Fran y la coloca junto a Rocío. La joven, notando el ambiente cargado, comienza a temblar levemente. Su voz, trémula, rompe el silencio:

—¿Qué ocurre, agentes? ¿Pasa algo? ¿Dónde está mi amiga?

Lola se inclina hacia adelante, toma las manos de Rocío entre las suyas y la mira fijamente a los ojos. Con voz suave pero firme, le dice:

—Rocío, lo sentimos mucho... Esta mañana hemos encontrado el cuerpo sin vida de su amiga en la playa de La Caleta. Necesitamos hacerle unas preguntas sobre lo ocurrido anoche y, si es posible, que nos facilite algún dato de sus familiares más cercanos.

La noticia golpea a Rocío como un mazazo. Su rostro se vacía de expresión, la mirada se le pierde en el vacío. Sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas, mientras un temblor le recorre el cuerpo. La respiración se le entrecorta; cada bocanada de aire es más superficial, más insuficiente. Su corazón late desbocado, golpeando su pecho con fuerza desmedida, como si quisiera romper las costillas. El pánico se apodera de ella, la angustia crece, hasta que rompe a gritar:

—¡Agua, por favor! ¡No puedo respirar!

—Tranquila, Rocío, respire... tiene que relajarse... —susurra Lola, abrazándola con ternura, meciéndola levemente, intentando contener aquel naufragio emocional.

—¿Qué le ha pasado? No debí dejarla sola... es mi culpa... ¿cómo se lo digo a su familia?

—Rocío, poco a poco... primero necesitamos que se calme. Entendemos lo que está sintiendo, pero tenemos que seguir el protocolo. Si quiere, salgamos un momento a tomar el aire, y cuando se encuentre mejor, continuamos —interviene Fran, haciendo un leve gesto a Lola para que la acompañe fuera.

Lola asiente y guía a Rocío hacia el pasillo. La joven, con la cabeza gacha, las lágrimas resbalándole por las mejillas, se sienta en un banco de madera, de esos que recuerdan a los de iglesia, apoyando los codos en las rodillas y la cara entre las manos.

Fran se acerca discretamente a Lola, la aparta unos pasos y le habla en voz baja:

—En cuanto esté más tranquila, necesitamos que le pidas toda la información posible: datos de la víctima, familiares, sobre todo si tiene marido. Tenemos que localizarlo cuanto antes para que venga a comisaría. Necesitamos tomarle declaración y que identifique a su

esposa. Luego tendrás que volver a pasar a Rocío al despacho y obtener su testimonio sobre anoche. Es clave.

Lola comprendiendo la gravedad de la situación. Toma aire, adopta una expresión cálida y compasiva, y regresa junto a Rocío. Se sienta a su lado en el banco, le ofrece un bolígrafo y una libreta, y con un tono envolvente, casi maternal, le dice:

—Rocío, cariño... sé que es duro, pero necesito que me ayudes. Anótame aquí los datos de Natalia y de algún familiar cercano, ¿vale? Cuanta más información tengamos, antes podremos contactar con ellos... y todo esto será un poquito más fácil. Estoy contigo, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, de verdad... Mi amiga se llama Natalia Mora Guzmán. Está casada; su marido se llama Carlos... Los apellidos no los sé, pero sé que tiene una carpintería en el polígono Pineda de Sevilla.

Lola anota rápidamente mientras mantiene la mirada en Rocío, que parece vaciarse con cada palabra.

—¿Tiene su teléfono? ¿Algún dato más sobre él?

Rocío niega con un leve movimiento de cabeza, apretando los labios.

—Lo siento... ojalá pudiera ayudaros más... No lo conozco personalmente. Solo sé lo que me contaba Nati. Creo que la carpintería se llama “El Roble” ... o algo parecido.

—Muchas gracias, Rocío. No se preocupe, con esto ya nos apañamos nosotros. —Lola cierra la libreta con cuidado y le dedica una sonrisa serena—. Ahora, si quiere, podemos quedarnos aquí un rato, tranquilas, mientras mi compañero hace unas gestiones obligatorias. Y cuando se sienta más fuerte, volvemos al despacho y tomamos su declaración sobre anoche. ¿Le parece bien?

Rocío asiente, las lágrimas aún resbalándole despacio por las mejillas.

—Gracias... gracias... —susurra, con la voz apagada, mientras se acurruca sobre sí misma en el banco.

Lola le pasa una mano por el hombro, en un gesto cálido, protector. Luego se incorpora y lanza una mirada a Fran, que desde la puerta asiente en silencio, listo para moverse.

Fran se pone en camino hacia **la sala** donde se encuentra la agente Virginia Martín. Necesita verificar los datos recibidos y, con suerte, sacar alguno más.

A Fran nunca le ha gustado ser portador de malas noticias. Y sabe que, en este momento, nada bueno va a salir de sus labios. Por eso camina directo hacia la sala, decidido a **encasquetarle el marrón a su amiga**.

«La confianza da asco», le suelta siempre Virginia cada vez que le pasa una patata caliente como esta. Y él, fiel a su guion, suele replicarle con un «yo también te quiero» o un «qué iba a ser yo sin ti», coronado con su tradicional guiño de ojo.

Minutos después, las puertas del ascensor se abren en la sexta planta, donde está ubicada la sala de mando y control. Es aquí donde Virginia lleva ya varios años destinada. Tras dar a luz a su único hijo, decidió dejar atrás la calle y la seguridad ciudadana. No lo dudó cuando salió la vacante de escribiente de sala: buscaba tranquilidad, un trabajo más seguro y, sobre todo, una conciliación digna con turnos fijos.

Fran pulsa el timbre de la sala de control. La puerta, como exige el protocolo de seguridad, siempre permanece cerrada: solo se puede abrir con tarjeta autorizada o desde dentro.

Una voz femenina resuena al otro lado, acercándose. Seguramente es Virginia, que ya lo habrá visto llegar por las cámaras. Viene soltando frases ininteligibles, como dándole pistas antes de abrir. Y cuando finalmente descorre el cerrojo, lo recibe con tono irónico y voz alta:

—¡Problemas! Seguro que solo traes problemas... Espero que, al menos, me traigas un café, porque todavía no he desayunado.

Fran sonríe.

—¡Cu aaaa! Escucharte esta mañana me ha tenido inquieto. Tenía que venir a verte.

—Sí, claro... Miedo me das. Venga, su talo:  qu  te trae por aquí?

—Pues lo de siempre... Necesito un favor. —Fran le tiende una carpeta—. Te traigo los datos del cuerpo de La Caleta. Se llama Natalia Mora Guzmán. Necesito que localices al marido y le digas que venga cuanto antes a comisaría. Viven en Sevilla. Ella trabaja en el Virgen del Rocío y él tiene una carpintería en un polígono, creo que se llama El Roble.

Virginia resopla, cruzándose de brazos.

—¡Ea! Ya sabía yo que no tra as nada bueno... Me ha tocado a mí, como siempre, lidiar con las preguntas del marido.

Fran le lanza una sonrisa cómplice.

—Anda, tía... Si vengo a ti es porque eres la mejor.  Qu  iba a ser yo sin ti?

—Sí, claro, claro... —Virginia recoge los papeles y le apunta con el bolígrafo—. Déjame los datos, petardo, que eres un petardo.  D nde te localizo luego?

—En mi despacho. Estar  tomándole declaración a la amiga.

—Vale. En cuanto tenga algo, te aviso.

Virginia le gui a un ojo mientras cierra la puerta tras él, dejando a Fran otra vez solo en el pasillo, con esa sensación de que siempre le toca pedir favores a las mismas personas.

De camino a la oficina, la cabeza de Fran no deja de girar en torno a lo mismo: ella está aquí. Lola está aquí... y está guapísima. Siempre se ha repetido que lo suyo estaba superado, que era agua pasada, pero sabe que no es verdad. No es más que un autoengaño. Sigue enamorado de ella, hasta las trancas.

Su mente no sabe cómo reaccionar cuando la tiene cerca. No sabe si hablarle del pasado, si preguntarle por su vida, por su marido,

por su relación... o si limitarse a tratarla como a una compañera más. Pero en el fondo, anhela abrazarla de nuevo, besarla, sentir su calor.

Su subconsciente no calla: *Ve por ella. ¿Qué más da? Ya no tienes nada que perder.* Y, en el fondo, tiene razón. Ya lo perdió todo. ¿Qué podría pasar? ¿Qué le dijera que no?

Pero la cruda realidad no tarda en darle una bofetada. El ascensor se detiene, las puertas se abren y la rutina lo reclama. Ha vuelto a su planta. Es hora de enfrentarse al caso. Tiene que resolver qué le ocurrió a Natalia... y hacerlo cuanto antes.

Fran camina hacia su despacho, imaginando que Lola habrá seguido sus indicaciones y que estarán allí esperándolo. Y no se equivoca: la inspectora, junto a Rocío, lo aguardan dentro. Lola está sentada en su silla, con el ordenador encendido, y al verlo entrar le dedica una mirada pícaro, casi de niña traviesa.

—Fran, ¿cuál es la clave del ordenador? Déjame **mecanizar**... Seguro que escribo más rápido que tú.

El inspector reprime la broma que le viene a la mente. Le encantaría soltar una de las suyas, pero no es el momento: Rocío está ahí, sentada a su lado, y el respeto por su situación pesa más que el humor. Opta por su silencio saleroso, ese que tantas veces ha usado para salir del paso. Se coloca junto a Lola, introduce la clave en el ordenador y, con un tono serio y profesional, le dice:

—Tú mandas, compañera.

Lola, ahora metida en su papel de instructora, comienza a preguntarle a Rocío los datos rutinarios. Verifica su información, contrasta los datos personales con la documentación entregada al llegar a comisaría y, una vez todo está en orden, da inicio formal a la toma de declaración.

Mientras las teclas del ordenador suenan bajo las manos de Lola, Fran observa en silencio, con la mente partida entre el caso... y ella.

—Rocío, cuéntenos qué hicisteis ayer.

—Pues, inspectora, Nati y yo llegamos a Cádiz sobre las cuatro de la tarde. Como era pronto y teníamos las maletas en mi coche, decidimos ir primero al hotel a picar algo. Después de descansar un rato y disfrazarnos, sobre las siete cogimos mi coche y bajamos al casco antiguo. La verdad es que tuvimos mucha suerte porque encontramos aparcamiento rápido en la estación de trenes. Una vez estacionamos, nos mezclamos con la multitud durante bastante tiempo. No teníamos plan fijo; íbamos de barra en barra hasta la hora del pregón, que decidimos quedarnos a ver en San Antonio. Más tarde, sobre medianoche y con algunas copas de más, nos fuimos a la carpa. Allí estuvimos bailando un buen rato... No sabría decirle la hora, entre la música, el bullicio y el alcohol, rara vez miré el reloj. Allí...

Rocío se detiene de golpe. Empieza a llorar.

—¿Qué ocurre, Rocío? —pregunta la inspectora, con tono calmado.

—¡Que no debería haberla dejado salir! —responde en voz algo más alta—. Con tanto alcohol... nos desmadramos un poco. Yo estoy soltera, pero ella no, y la animé a que hablara con un chico.

—¿Qué chico?

—No lo sé. Después de tontear un rato con él, empezó a sentirse mal. No sé si fue por el alcohol o por remordimiento, pero me dijo que se quería ir. Yo estaba a gusto, un chico me acababa de invitar a una copa, así que le dije que prefería quedarme un rato más. Nati me dijo que no quería quedarse y me pidió, por favor, las llaves del coche. Como no quería que me aguara la fiesta, opté por dárselas. Cuando se marchó, me dijo que si no me importaba, me esperaba en el hotel. Yo le contesté que sin problema, que luego me iría en taxi. Me dio un abrazo... y ya no volví a verla más. Al rato, cuando llegué a la habitación, me asustó ver que todo estaba tal cual lo habíamos dejado. Cogí el teléfono y empecé a llamarla, pero no contestaba. Así que decidí venir directa a comisaría a denunciar su desaparición.